

ENCUENTROS EN UNA AGENCIA MATRIMONIAL

12 Historias Reales de SamSara - *Sonsoles Fuentes, Debolsillo 2002.*

EL HOMBRE DE LAS MONTAÑAS

Mientras escuchaba cantar a su hijo, Mati observaba a Álvaro de reajo y se preguntaba si en este mundo todo, absolutamente todo, estaría regido por caprichosas coincidencias.

Se asombraba, por ejemplo, de que aquel hombre no sólo amase la zarzuela, sino que pudiera seguir la letra, incluso, de la que esa tarde se interpretaba sobre el escenario de aquel pequeño teatro de barrio.

Era *La leyenda del beso*. Y allí estaban, escuchándola, dos personas cuyas vidas habían evolucionado de forma paralela, unidas por lugares visitados en las mismas épocas, por ciudades en las que ambos habían residido durante años sin acertar a encontrarse.

Pero por muchas coincidencias que existieran entre ellos, en absoluto pensaba la mujer que Álvaro sería aquel hombre de quien Douglas le habló hacía apenas un par de meses. No, ese hombre no podía arribar a su vida en una cita a ciegas.

Aquella noche, la de la predicción, parecía muy tranquila. Los últimos clientes acababan de marcharse y Mati estaba decidida a recoger cuando entraron tres jóvenes con ganas de jarana. Ella los reconoció enseguida, como también reconoció la trifulca que de la calle traían consigo aquellos rostros rígidos y ofuscados.

— No me vengáis con peleas ¿eh?, que no quiero broncas aquí. Ya os lo tengo dicho.

Aún no había acabado de hablar cuando el cuerpo de uno de los chicos se precipitó sobre la mesa y ésta trazó un rápido movimiento hasta chocar con la puerta del restaurante. El otro lo agarró por el cuello del anorak, antes de que pudiera responder al ataque, y le hincó la rodilla en el vientre.

La figura de Douglas apareció entonces abriendo la puerta de entrada y arrastrando con ella la mesa hasta devolverla a su lugar de origen. Mati respiró aliviada.

— Es cosa de magia, tú. No sé cómo te las arreglas para adivinar cuándo hay follón aquí —dijo Mati después de que el escocés despachara a los muchachos.

Douglas era íntimo de la familia desde hacía un par de años. Trabajaba en la zona como comercial de productos de limpieza y era extraño que no apareciera casi a diario para disfrutar del menú casero que ofrecía Mati.

—¿Y tus hijos? —preguntó él.

—Hoy no ha podido venir ninguno.

—Bueno, ya es hora de cerrar ¿no? Venga, te echo una mano.

Colocaron las sillas bocabajo, sobre las mesas. Douglas barrió mientras ella limpiaba la superficie de la barra y dejaba preparada la máquina del café. Se quitó la bata y peinó sus cortos cabellos con los dedos.

El ruido de la persiana al bajar asustó al silencio, ese que se apropia de las calles a la hora de la cena. El escocés acompañó a la mujer hasta la puerta de su casa, junto al reformado castillo de la ciudad. Sentados en uno de sus muros estaban los quinqués de la pelea, liándose un porro.

—Ya verás —dijo Mati al verlos—, mañana volverán como si nada. Estoy cansada de hacer de madre de todos ellos. Al principio me sentía bien. Los he visto crecer, son hijos de mis vecinos. Pero te aseguro que no puedo más. El otro día querían jugar al tres en raya con coca y, además, me animaban a participar: “Venga, tía, que con esto pierdes una de kilos que te cagas”.

—¿Sabes Mati? Tú te casarás con un hombre que vendrá de las montañas.

Mati rió.

—Pero mira que eres iluso. Yo ya he estado casada. Y no quiero más cambios en mi vida, ¿sabes? Además, para qué. A veces los cambios llegan para que todo siga igual que antes.

—No, igual no. Él será diferente.

—Sí claro. Un día entrará Humphrey Bogart en mi bar e intercambiaremos los papeles. Él hará de Ilza, yo seré Rick y ambos interpretaremos ese final de Casablanca que nunca se llegó a filmar.

Douglas puso cara de reproche.

—No necesito a nadie —intentó disculparse Mati—. Me basta con lo que tengo. Con mis cuatro hijos, contigo, con los amigos que tanto me habéis ayudado.

—Pero no es lo mismo. Ya sabes a qué me refiero. Hasta los chicos te lo dicen.

—Mira Douglas, fíjate bien —Mati señalaba el contorno de uno de sus ojos—. ¿Ves este par de surcos? Profundos, ¿eh?

Después se llevó la mano al cabello y apartó unos mechones.

—¿Y estas canas? Sí, no pierdas de vista las raíces. ¿Crees que son propias de mi edad? ¿O que se deben a una herencia genética?

Douglas se encogió de hombros.

—Pues no, chico. Esto me lo he ganado yo cargando con ese infeliz que tuve por marido. ¿Quieres envejecer pronto? Escoge a la pareja equivocada y ya verás cómo las que a estas horas tenían que ser unas leves arrugas de expresión tienen la profundidad del Cañón del Colorado. Y, a pesar de eso, todos os empeñáis en que me lance en busca de mi media naranja. ¿No crees que debe de haberse podrido?

Mientras subían ya la cuesta junto al castillo, el escocés se rascó su barba pelirroja con expresión pensativa.

—Bueno, ahora que vas a cerrar el restaurante se te acabarán unos cuantos problemas.

—Sí, y mañana, cuando firme la sentencia de divorcio tiraré de la cadena, como dicen mis hijos.

Vieron luz en las ventanas de la casa.

—Los chicos han llegado —dijo Mati—. Pasa a saludarles.

Douglas aceptó la invitación. Le encantaba contemplar cómo los chavales achuchaban a su madre, la besuqueaban y pellizcaban.

—¿De qué te extrañas? —le había preguntado Mati una vez—. ¿Es que en tu familia la gente no se abraza y se besa?

—No, nunca —respondió él.

Debe de ser la cultura escocesa, pensaba ella.

A las diez de la mañana del día siguiente estampaba Mati su firma en los documentos que la divorciaban de su ex.

—Ahora ya eres libre —dijo el abogado—. Puedes casarte de nuevo.

—Déjate de tonterías, Jaime. No sé qué os pasa a todos. Mis amigas, Douglas, mis hijos y, ahora, tú. ¿Es que no me veis? No puedo estar más gorda de lo que estoy. Y paso de arreglarme. No quiero gustar a ningún hombre. Con ir limpia, tengo bastante. Mi vecina se metió el otro día con las batas que me pongo para trabajar: “Ay, Mati, hija, ¿es que no las hay más feas en la tienda?” Pues no, no las hay, esas son las que yo elijo, las más horribles.

—Bueno, bueno —insistió el abogado—, esa es la apatía del principio. Todos los separados dicen lo mismo. Ya veremos qué me cuentas cuando hayas pasado página de verdad.

—Pero, ¿tú sabes lo que hay ahí fuera? El otro día se me ocurrió pisar uno de esos bailes a los que van mis amigas. Había un tío que no sé por qué motivo no me

quitaba ojo. Cuando me fijé en sus piernas, me di cuenta de que llevaba calcetines de medias, ¡cómo los que nos ponemos nosotras! Y en tono granate. Según Lourdes, otra separada que iba conmigo, eso es lo que se ponen ahora los ejecutivos. Yo no sé, pero cuando se me acercó para que bailara con él, creí que me daba un pasmo. No puedes imaginarte cómo olía a sudor, y con la mezcla de quince litros de colonia. Ni te cuento.

Ya en la calle, la mujer arrastró sus pasos hacia el metro. Pero se detuvo al cazar al vuelo la conversación de dos mujeres que se saludaron junto al semáforo donde Mati esperaba para cruzar.

—¿Ya estás de vuelta?

—¡Qué va, hija! *Pa'llá* iba. Pero han dicho por el *artavó* que la línea cinco no va, y toda la gente *s'ha tenío que bajá*.

Mati no estaba segura de llevar suficiente dinero para el taxi, pero el veranillo de San Martín la tenía demasiado sofocada como para esperar el autobús. Rebuscó en el bolso y, al sacar la cartera, cayó al suelo una tarjeta. La recogió y leyó las señas.

Samsara

Agencia matrimonial

Avenida Diagonal 538, Principal, 2^a

Barcelona

Al alzar la vista advirtió que una lucecita verde se acercaba y levantó el brazo. Pero el taxi pasó ante ella y paró unos metros más allá para recoger a una rubia esbelta con un vestido de estampado felino. Mati intentó abordar la situación con calma y sin berrinches. Pensó, sin inmutarse, “que se mueran las flacas”, y comenzó a abanicarse con la documentación del divorcio.

Diez minutos después, el chófer que atendió a su señal ponía rumbo al centro de Barcelona. Recordó el día que acompañó a su amiga Celia a apuntarse en la agencia. Sentía curiosidad por conocer su funcionamiento. ¿Qué clase de gente acudiría a un lugar como ése?

—Pues gente como yo, ¿no? —comentó la amiga—. Porque, digo yo, que si a mí se me ocurre, será que a otras personas tan normales como yo también se les pasa esa idea por la cabeza.

El taxi llegó a Balmes, donde se hallaba la consulta del dentista, que ocupaba uno de los pisos antiguos del ensanche, acondicionado y reconvertido en oficina y clínica. Pisos, la mayoría, de pasillos largos y techos altos, sombríos y desangelados muchos, luminosos y de marcado estilo modernista otros. El del doctor Sarró era uno de estos últimos. Mati adoraba las vidrieras de sus ventanales, a pesar del trabajo que daba limpiarlos. Ella bien lo sabía. Trabajó durante cuatro años en la clínica, antes de abrir el restaurante.

—No sabía que venías hoy —saludó la mujer del doctor—. Ayer mismo hablaba sobre ti con mi hermano.

—¿Cómo está?

—¿Mi hermano? Estupendamente. Esta tarde se marcha a Noruega, a otro congreso de psiquiatría. Pero esta vez le acompaña mi cuñada. Han pensado que los chicos ya tienen edad de ser autosuficientes.

—¿Los han dejado solos?

—Pues, sí. A mí me parece muy bien, la verdad. Tienen que aprender a espabilar. Pero no te imaginas cuánto se lo han pensado. Sobre todo, mi hermano que es tan protector. Y eso que es psiquiatra. Por eso hablábamos de ti, si no fuera porque tienes el restaurante, te habrían llamado para que te encargaras un poco de ellos. Al menos de la cocina. Contigo comían de todo.

—Estoy a punto de cerrarlo. De todos modos, siempre puedo cocinar para ellos en el mismo restaurante.

—¿Aún te molesta?

—¿Quién?

—Tu marido.

Mati no quiso mencionar el divorcio. Teresa, la mujer del dentista, tenía por costumbre hurgar en la vida de los demás tanto como su marido lo hacía en la boca de los clientes.

—Qué va. Hace siglos que no pasa por el bar.

Una filipina de edad madura salió de la estancia contigua al recibidor. Llevaba consigo una bandeja y el tintineo de las tazas.

—Voy a tomar café. ¿Qué vienes a hacerte?

—La limpieza anual.

—Pues aprovecha ahora, antes de entrar en la consulta y toma una taza.

—No, Teresa, gracias, pero me he acostumbrado a tomar una cafetera entera cada mañana antes de salir de casa, y ya no lo pruebo en todo el día.

La filipina entró de nuevo en la cocina sin decir palabra.

—El café, como el tabaco, son grandes amigos de los odontólogos —bromeó Teresa mientras llenaba una taza del negro colega de los dentistas.

Mati le rió la gracia sin demasiadas ganas. Por motivos que no acertaba a explicar, la mujer del doctor Sarró le producía una extraña repulsión que la forzaba a mantenerse distante. Teresa iniciaba el esbozo de una sonrisa para arrinconarla en algún lugar recóndito antes de completar el dibujo. Ese lugar y lo que en él se escondía animaba a

Mati a huir con sigilo de su lado. Todo lo contrario a lo que le sucedía con su hermano, el doctor Soler, psiquiatra en cuya casa encontró refugio y armas para manejar al marido.

Se abrió la puerta de la consulta y de ella salió un joven que intentaba encontrar algo de tacto en la zona izquierda de su mandíbula.

—¿El servicio, por favor? —preguntó.

Mientras le indicaban, Mati entró en la consulta.

Con la boca ya limpia, y allí, tan cerca de Vía Augusta, no pudo resistirse y empujó sus piernas hasta el portal donde se encontraba la oficina.

Cambió de idea ante el reflejo de su figura en los cristales de la entrada.

Pero la soledad de aquella noche fue un factor decisivo en el posterior desarrollo de los acontecimientos. Todos los chicos tenían planes y no había nada que la entristeciera más que sentarse a cenar y sin compañía una pizza congelada.

Así que a la mañana siguiente regresó a Barcelona con el firme propósito de buscar pareja.

Pronto se desanimó.

—Me salen cuatro —dijo Eva, la joven que la atendía, sin apartar la vista de la pantalla del ordenador.

—¿Cuatro? Pues no hay mucho donde escoger, ¿no?

—Bueno, hay épocas del año en las que se apuntan más personas. Otoño es una de ellas, porque deciden no pasar otras vacaciones a solas. Pero ahora mismo no veo que haya muchos clientes afines a usted.

—Vaya. Supongo que tampoco me ajusto a los deseos de muchos de los apuntados.

Eva se puso un poco nerviosa.

—Los que vienen con demasiadas exigencias tienen más problemas para comenzar algo.

—Ya, tengo que esperar a que alguno de esos cuatro quiera descubrir a la maravillosa mujer que hay en mí.

Eva la miró aturdida y triste. Mati no quería perturbarla.

—No te preocupes, mujer, estoy bromeando. Me miro en el espejo y sé lo que veo en él. Las Gracias de Rubens no están de moda, pero he venido a arriesgarme.

Mati cogió los folios donde quedaron impresas las fichas de los cuatro hombres. Los ojeó y se detuvo en el tercero.

—Huy no, un empresario no, y menos de Puigcerdà. Eso es demasiada clase para mí. Me sentiría incómoda.

—¿Lo ve? No le conoce, jamás lo ha visto ni hablado con él, y ya está poniendo pegas. A eso me refería. De todos modos, estamos en octubre y esto se llenará de clientes ahora. Vendrán muchos más.

—Bueno, está bien, déjales mi teléfono, o envíaes mi ficha. En fin, lo que hacéis normalmente.

Lo que hacían normalmente era enviar por correo las fichas de personas que ellos consideraban afines a cada cliente, y éste se encargaba de contactar o de esperar a que llamaran.

Ella dejó que fueran los otros quienes marcaran su número, para rechazar después cualquier propuesta. Fueron más de una docena, pero uno le pareció insulso, otro demasiado presuntuoso, alguno iba de listillo y, por fin, fue Carmen, la propietaria de la agencia, quien se decidió a llamarla:

—¿No quieres que quedemos para charlar? A veces una no está en su momento de encontrar a la persona. Si, como mínimo, hubieras quedado con ellos, lo entendería. Pero ni siquiera eso.

—Es que, no sé —titubeaba Mati en el despacho donde conversaron con calma—. Supongo que tengo miedo. Y tengo motivos, ¿sabes? Mi ex marido gastaba cuanto ganaba en putas y en el juego. Bebía. Y cuando perdió el último trabajo, se negó a dar golpe. ¿Sabes qué me decía en la misma maternidad, recién parida? Que debería hacerles a mis hijos la prueba de paternidad.

—¡Qué horror! Pero no puedes creer que todos sean así. O que lo sea todo hombre que aparezca en tu vida.

—Ya, ya lo sé.

—Además, me dijo Eva que son tus propios hijos quienes te animan.

—Sí, creo que me quieren jubilar. El mayor se va a independizar ya. Y los otros, bueno, imagino que tienen miedo de dejarme sola. Pero, por otra parte, tendría que ser un hombre que se llevara bien con ellos. Eso lo tengo muy claro.

—¿Y por qué no va a ser así?

—Además —confesó Mati—, creo que me rechazarán. Por mi aspecto, quiero decir. Sólo pido una oportunidad. Una oportunidad para ser feliz, y no sé si podría soportar algunas situaciones. Soy una mujer fuerte, pero con límites. Me han contado que algunos quedan con la persona y, cuando la ven, se dan la vuelta y la dejan plantada. Ya estoy harta de que me traten como si fuera un trapo. No he venido aquí para eso.

—Mati, no voy a engañarte. La mayoría de los hombres no andan a la búsqueda de la belleza interior. Pero también hay algunos que han sufrido, tanto como puedes haber sufrido tú, y que no buscan a una joven despampanante que les cure la pitopausia.

—Lo intentaré —dijo Mati a modo de rendición—, pero no prometo nada.

Álvaro, el empresario de Puigcerdà, llamó en diciembre.

—¿Diga?

—Hola, ¿puedo hablar con la señora Matilde...?

—Yo misma.

—Ah, mira, que llamo de la agencia.

—¿Quién eres?

—Álvaro, vivo en Puigcerdà.

—Ah, sí, el empresario viudo.

—¿Ya tengo mote?

—A falta de una cara con la que asociarte —se excusó Mati.

—Tengo un pequeño negocio con el que consigo vivir por mi cuenta, pero nada más. No quiero que te imagines lo que no es, porque en realidad soy pintor, sencillamente.

—Yo no me he imaginado nada —mintió ella.

—Es que en tu ficha también pone que eres empresaria, y no sé, quizá no estoy a tu nivel.

—¡A mi nivel! ¿Quién te crees que soy, una Koplovich? Pero si no tenía más que un pequeño restaurante, de esos de menús de mediodía. Y ya lo he cerrado.

—Es que con estos datos uno va a ciegas —respondió Álvaro—. Creo que será mejor que nos veamos y salgamos de dudas, ¿no te parece?

Mati vacilaba. Hasta el momento ninguno de los que habían llamado despertó en ella deseos de conocerlo. Con Álvaro sentía curiosidad. Además, las dudas que también adivinaba en él le incitaban al encuentro.

Así que concretaron un lugar, un día y una hora. El lugar era la Plaza de España; el día, un domingo, y la hora, las doce del mediodía.

Sin embargo, ella se las arregló para escoger una fecha con otros compromisos de los que echar mano si fuera preciso salir huyendo. El dato “empresario” seguía martilleando su cerebro. ¿Y si también usaba calcetines de media y en su apretada agenda apenas quedaba lugar para citarse con la ducha? La actuación de su hijo Ernesto

sería la excusa perfecta. No sabía qué le asustaba más, si el hombre con el que podría encontrarse o la impresión que ella causaría en él.

Álvaro la vio llegar y decidió que no era su tipo. Ni su peso, ni su cabello desarreglado, ni sus uñas estropeadas podían pasar inadvertidos. Pero su orgullo masculino quedó ligeramente trastocado ante las prisas y el desinterés de ella. No había hecho un viaje desde Puigcerdà para tomar un café sin más. Estaba decidido a conocerla.

Las primeras impresiones que Mati causó en él se fueron modificando a medida que ambos construían un diálogo fluido y sincero. Los dos se sentían cómodos, y media hora después del saludo, ella ya se había arrepentido de haber organizado una jornada de la que ahora se sentía esclava.

Desde luego, Álvaro era el polo opuesto a su ex. Apegado a la familia y enemigo de los excesos.

Cuando se había tomado el último sorbo del cortado, ella ya tenía en su poder suficientes datos como para hacer su carta astral, si hubiera sabido algo de astrología. Pero, puesto que el lenguaje de los cuerpos celestes era para aquella mujer un misterio, decidió que sería el tiempo quien le mostraría si aquello tenía posibilidades de convertirse en una relación duradera o si, por el contrario, se desvanecería hasta caer en el olvido.

—Mi hijo pequeño canta esta tarde —le había dicho Mati—. Actúa en *La leyenda del beso*.

—Me gusta la zarzuela —respondió Álvaro para evitar la despedida—. Además, si empieza a las cinco tengo tiempo de sobra para coger un tren de vuelta.

Ella aprovechó la ocasión y le invitó a comer.

—Vente a casa, voy a hacer macarrones.

Odiaba la pasta.

—Creo que es mejor que no, no quiero que te molestes. Mejor nos acercamos a algún restaurante que esté cerca del teatro donde actúa el chico.

Lo encontraron a 25 metros de la sala, y ante unas ensaladas especiales de la casa, Mati se atrevió a preguntarle por la difunta esposa.

—Siempre fue una mujer frágil —contó él—. Cuando empezamos a despegar económicamente, me contrataron para pintar todo un nuevo conjunto de casas, de esas adosadas o unifamiliares, bueno, como se digan. Estábamos muy contentos. Se acercó un día para traerme el almuerzo que había dejado olvidado. Yo estaba subido en un pequeño andamio; pintaba el canalón que había debajo del tejado. Y cuando uno de mis ayudantes me avisó de que la veía llegar, no sé qué hice. Un gesto estúpido, supongo. El caso es que me caí. No me hice nada, una tontería, la costilla ésta, que se cura con un poco de reposo. Pero la herida de ella fue mortal. Sufrió el primer infarto. El médico dijo

que ya debía de estar mal antes, y que aquello no fue más que un detonante. Se asustaba con nada.

—¿Y las niñas? ¿Eran pequeñas?

—Sandra tenía unos ocho años, y Andrea quince. Ellas dijeron que se ocuparían de todo, que aprenderían a cocinar, y que su madre no tendría que coger una escoba. Ella tampoco iba a dejar que la trataran como una inútil, pero creo que las crías no querían marcharse de allí. Habíamos hablado de volver a Zamora, con la familia. Y ya sabes cómo son los niños con sus amigos, si los alejas de ellos es como si se les acabara el mundo. Además, el aire de la montaña le sentaba bien a mi mujer. Por suerte el trabajo continuó, han construido allí tantas urbanizaciones y apartamentos... Así que contratamos a una mujer para que se encargara de la casa y demás. Pero, de todos modos, creo que mis hijas son muy espabiladas en comparación con los jóvenes de hoy.

—Seguro. Los problemas de los adultos hacen que los chavales maduren mucho antes —dijo ella pensando en sus hijos—. ¿Les has contado lo de la agencia?

—No, me da corte, pero se lo habrán imaginado. En mi casa, quien recoge el correo lo abre. Nunca hemos ocultado nada. Habrán visto las fichas con el membrete.

—¿Has tenido cita con otras?

—Sí, con tres o cuatro. Pero tengo la impresión de que no soy el tipo que gusta a las mujeres de ahora.

—Pero si tendrían tu edad.

—Ya, pero buscan otra cosa. Un hombre que quiera salir mucho, divertirse, que las lleve a bailar. Yo no puedo moverme de Puigcerdà. Allí tengo mi trabajo, y a ellas aquello les gusta para ir el fin de semana, de excursión a la montaña, para esquiar, pero no para vivir. Y yo soy muy tranquilote. Mi única afición es la pesca.

—Claro. Y yo te vengo de perlas, ¿no? Como soy una vieja.

—Tú no eres vieja. Sólo te has descuidado —dijo él, cariñoso, a pesar de lo tosco que podía parecer a veces.

—¿Sabes una cosa? No me atrevía a decírtelo porque igual pensabas que miento.

Es que, es tan increíble. No sólo pasé un tiempo en la Cerdaña. También viví en tu tierra, en Zamora, al principio de mi matrimonio.

—¿En serio? ¿Cuándo?

—A principios de los setenta.

—Yo estaba allí, todavía.

—Nos podíamos haber conocido, entonces —dijo ella con tristeza.

—No. Ha sido mejor así. Los dos estábamos casados.

Con la charla de la sobremesa perdieron la noción del tiempo y tuvieron que correr para llegar al comienzo del espectáculo.

Mati había acudido a una agencia matrimonial, pero para ella, aquel hombre parecía surgido de la nada, como de improviso, después de que el destino hubiera jugado con ellos hasta hacerlos coincidir en el momento adecuado. Su rostro huesudo y las ojeras engañaban. Álvaro no era un tipo bullanguero, ni dado a la juerga, pero sí era terriblemente optimista. Ni siquiera la larga enfermedad de su mujer, con todo lo que la había querido, pudo destruir esa tendencia a esperar de la vida todo lo mejor que ésta pudiera darle. Y mientras tomaban turrón y cava para celebrar la puesta en escena de la zarzuela, Álvaro pensó que aquel 20 de diciembre le regalaban una segunda oportunidad.

Siguieron días cortos, lluviosos y fríos, con encuentros en locales cerrados, en cafés, restaurantes y, de vez en cuando, una visita al cine.

Y otro domingo, por la mañana, cuando al sol de invierno le dio por asomarse, Álvaro, con su tierno, pausado y escaso palique, le propuso que subiera con ella a Puigcerdà, a conocer a sus hijas:

—Allí arriba el invierno está siendo muy duro, sin ti.

La notó asustada:

—¿Qué pasa? Creí que esto iba en serio.

—No es eso. Es que no creo que cause muy buena impresión, con este aspecto. Además —añadió llevándose la mano al pecho—, yo tengo que sentir.

—Ah, no sientes, ¿no? Pues no sé qué estás haciendo conmigo.

Álvaro sabía que algo más revoloteaba en la cabeza de ella.

—Es que, si los chicos no aceptan esto, yo no sigo adelante —dijo Mati, por fin—. Y si tus hijas no están de acuerdo, tampoco.

—Mira, Mati, tus hijos son ya mayores, se están independizando. Y por mis niñas no te apures. La mayor ya está en la universidad, sólo viene los fines de semana. La pequeña también me ha salido muy estudiosa. Pero, además, no te preocupes, que las conozco. Sé que os llevaréis muy bien. ¿Sabes qué? Vamos a hablar con tus chicos.

Ella aceptó.

Allí, en el comedor, el más agitado parecía Ernesto, pero no dijo nada. En cambio, Julio, el penúltimo, fue el más preguntón:

—¿Y esto cuánto va a durar?

—Pues, nosotros esperamos que mucho —respondió Álvaro, tranquilo—. Pero eso nunca se sabe, hay que procurarlo cada día. Así son las relaciones.

—¿Y cuando haya peleas? —continuó el chico su interrogatorio—. ¿Qué pasará?

—Lo normal. Se habla, se discute y nos ponemos de acuerdo. Y nada más.

Como Mati había contado a Douglas, y el escocés podría comprobar por sí mismo, junto a la aparición de Álvaro regresaron las reuniones familiares que habían quedado destruidas antes de que naciera el último de los muchachos:

—Él no es muy hablador, pero escucha, tú sabes que escucha de verdad. Y cuando habla lo hace con sensatez. ¿No te parece que se le ve muy a gusto, allí, sentado en el sofá, con todos nosotros? A veces tengo la impresión de que adivina lo que no digo. Eso debe de ser bueno, ¿no?

—Es que te has puesto muy guapa —le dijo Douglas.

—¿Qué te piensas? Hago ocho horas de gimnasia diarias, y me privo de comer muchas cosas. Ya verás, ya, cómo me voy a poner. He iniciado una campaña contra estas carnes y no pienso parar hasta convertirme en una sílfide.

—Pues me apunto al gimnasio yo también, te voy a hacer compañía. Pero yo sólo voy a hacer una hora, ¿eh?

—Eso, y te alternas con mis hijos, que también vienen.

—Vaya, vaya. Así que yo era un iluso.

—La verdad es que después de conocer lo que hay en esas salas de fiestas donde van mis amigas era para deprimirse. Pero él no es así de superficial. Además, creo que es bueno que lo haya pasado mal, para que entienda lo que eso significa. Pero también me gusta que haya tenido un matrimonio feliz. Cuando le cuento cosas de mi ex, me mira horrorizado, eso sí que no lo comprende.

Álvaro continuaba visitándola y llamándola por teléfono, del que se colgaban, como dos adolescentes, a pesar de las quejas de los muchachos:

—Pero, bueno, mamá. ¿Es que aquí ya no puede llamar nadie más?

Y al germinar la primavera, tras los días de Semana Santa que Álvaro pasó con ella en Barcelona, Mati se decidió a subir a aquellas montañas pirenaicas. Para entonces, ella ya conversaba mientras enredaba, coqueta, sus dedos en el cabello ondeante y rojizo. Una pequeña y frondosa melena que enmarcaba el rostro ligeramente maquillado.

Camino de Puigcerdà, ocultaba con su parloteo el nerviosismo que se había alojado en su estómago, un huésped poco grato de quien no sabía cómo deshacerse antes de presentarse ante las hijas de Álvaro. Para que no se fijaran en ella se había llevado a Nina, su perrita.

—A mis niñas le encantan los animales —le había dicho Álvaro.

Él no. Él estaba tranquilo. Sabía que sus hijas aceptarían a la mujer escogida por el padre.

Mati apenas reconocía la Cerdaña. No la pisaba desde que estuvo allí, viviendo y trabajando para el señorío de la comarca, antes de que el túnel del Cadí se construyera y diera acceso al ansia constructiva que cambiaría el paisaje para siempre. Como Álvaro le había explicado, Mati se encontró con una Puigcerdà tan crecida por las segundas residencias y las instalaciones de esquís del valle, que aquella parecía otra tierra.

Pero se imaginó feliz en una de sus casas con tejado de pizarra y vistas a los Pirineos.

Así era la de Álvaro.

—Pero, ¿cómo habéis venido sin avisar? —preguntó, cortada, Andrea, la hija mayor, al verlos entrar—. Habríamos preparado algo, no sé.

La muchacha se mostraba nerviosa ante el desorden de ropa que se había adueñado de los sillones del comedor. Sandra, la pequeña, jugueteaba con la perrita.

Todo sucedió como Álvaro había previsto. Las tres mujeres se avinieron enseguida.

Un mes después, fueron los chicos de ella los sorprendidos cuando Álvaro y la madre aparecieron con aquellas jóvenes de risas frescas y aire agitanado. Pronto se ofrecieron a enseñarles la ciudad y presentarlas a los colegas, mientras que los padres se acercaban al supermercado para llenar la descuidada nevera.

Volvieron por la calle donde se encontraba el restaurante que había sido propiedad de Mati, tirando del carro, lleno con la compra de la semana. Junto al bar, la dueña de la tienda de lencería barría la acera donde unos chavales habían arrojado los envoltorios de los primeros helados de la temporada.

—¡Hola Fina! Vaya, te han dejado esto hecho un asco, ¿eh?

Fina, escoba en mano, la miró extrañada.

—¿Ya te has olvidado de mí? Soy Mati. Matilde, la que llevaba el bar antes.

—No puede ser —dijo la otra—. Aquella señora era mucho más vieja que usted.